

CAEI

Centro Argentino
de Estudios
Internacionales



Consideraciones sobre las múltiples dimensiones de la crisis egipcia

by Alberto Hutschenreuter

*Working paper #05
Programa Geopolítica*

Título

Por Alberto Hutschenreuter¹

Sin duda, los acontecimientos que colocaron a Egipto en el vórtice de la política mundial ofrecen múltiples dimensiones de análisis.

Desde la política, la crisis afectó al prolongado y anquilosado sistema político egipcio basado en un patrón autocrático autoritario de cuño nacional-militar-secular. Desde principios de los años cincuenta, el régimen encabezado por el coronel Gamal Nasser puso en marcha un sistema político centralizado en el Presidente del Estado. Tras su figura todo el país debía unirse con el propósito de trabajar bajo su dirección en la superación de los problemas nacionales (de allí que este tipo de sistema político se ha denominado dictadura de instrucción).

Desde el interior del propio régimen, la decisión de Mubarak de entronizar a su hijo en la cima del poder egipcio implicaba la ruptura de una consensuada dinámica de sucesión política vicepresidente sucede a presidente, hecho que produjo una fuerte división en el seno mismo del hegemónico Partido Nacional Democrático.

Sin embargo, dicha división nunca implicó la ruptura de la concepción que anida en la dirigencia política egipcia: la que mantiene que sólo ese estilo político favorece el interés nacional primario, esto es, la mantención de la unidad de Egipto. En este sentido, en un reciente artículo aparecido en la prestigiosa revista National Interest, el especialista ruso Andranik Migranyan ha advertido que Mubarak no es Gorbachov, es decir, independientemente de la situación de un líder que se quedó sin espacio, el régimen buscará gestionar la revuelta pero no permitirá cambios que amenacen la integridad nacional.

En clave social, los acontecimientos en el país norafricano oriental corroboraron uno de los más sensibles cambios que registra la política mundial desde los años noventa: el ascenso de los pueblos como nuevos sujetos del orden y el derecho internacional. Si bien este dato no siempre ha sido debidamente percibido, desde el fin de la contienda bipolar los acontecimientos de naturaleza intraestatal han alcanzado un grado de tal magnitud que pueden llegar a tener efectos no solamente a escala local o regional, sino impactar en la estabilidad misma del sistema internacional.

¹ Doctor en Relaciones Internacionales. Profesor titular de Geopolítica en la Escuela Superior de Guerra Aérea. Coordinador del área de Geopolítica del CAEI.



En el caso egipcio, si se trabajaron escenarios sobre las consecuencias del notable crecimiento demográfico de las sociedades árabes (donde, dicho sea de paso, la esperanza de vida, con la excepción de Yemen, es bastante elevada), evidentemente en ellos se subestimó o (peor aún) se desestimó el correlato político que podía implicar tal ascenso, particularmente el de las juventudes urbanas.

En términos económicos, la crisis dejó en evidencia lo que suele ser un lugar común en aquellos países donde gobernantes y gobernados conviven en base a una suerte de pacto implícito, como el que (salvando las diferencias sobre todo en materia de control social) por décadas predominó en México, por el que los primeros, a cambio del suministro de bienes públicos, clausuran cualquier otro tipo de demanda no económica por parte de los segundos.

Pero se trata de un pacto de gobernabilidad que encuentra sus límites a medida que se incrementa sensiblemente la pobreza, el desempleo y se van incorporando nuevas generaciones cuyas legítimas demandas van más allá del trueque poder político por complacencia económica.

En otros tiempos, el mínimo cuestionamiento del pacto sucumbía ante el implacable músculo represivo del gobierno; pero hoy la velocidad de los hechos, junto a las redes de comunicaciones, las crecientes presiones, la globalización de las demandas, las disensiones internas, la pérdida de temores, la afirmación de la autoestima colectiva, etc., coloca a todo gobierno autócrata ante la disyuntiva de enfrentar a sangre y fuego al golpe de la calle (como ya se ha comenzado a denominar a este tipo de movilizaciones) o bien intentar gestionarlo.

La misma naturaleza autoritaria (no totalitaria, para precisarlo en los términos de Karl Loewenstein) del sistema político egipcio prácticamente imposibilitaba la primera opción: quién no controla todo acaba por no controlar nada, es decir, un escenario de convulsión civil mayor podía amenazar la propia sobrevivencia del régimen y colocar al país al borde de la peor de las pesadillas. Por ello, la gestión de la revuelta social y la promesa preventiva de apertura del régimen abren una perspectiva de salida relativamente controlada de la crisis.

La dimensión religiosa sin duda que es importante, aunque en la actual crisis de Egipto la misma se ha desplegado en un nivel de notable moderación. El dato no es menor puesto que en la crisis se constata la predominancia de las demandas políticas-sociales por sobre las de orden islamo-integrista. Dicho fenómeno ha llevado a que algunos autorizados analistas planteen incluso si el caso egipcio no representa el reflujó de la marea islamita.



El factor militar es insoslayable en la crisis egipcia, puesto que desde hace más de medio siglo es el cimiento sobre el que se apoya el poder en Egipto. Sólo basta considerar que todos los presidentes que gobernaron el país desde el fin de la monarquía han sido militares.

El activo con que cuentan las Fuerzas Armadas egipcias es el prestigio conseguido en la guerra de 1973 con Israel: aunque entonces no lograron la decisión, a los militares egipcios les alcanzó para reparar la derrota y ocupación territorial por parte de Israel en 1967. Pero también aquella confrontación le significó algo más: la certeza de que solamente contando con la participación del poder militar egipcio, actualmente entre los doce primeros del globo, el mundo árabe podía inquietar la percepción de superioridad militar de Israel.

En otros términos, el instrumento militar egipcio ha logrado moderar la percepción árabe de humillación o impotencia, para utilizar términos del francés Dominique Moisi, derivada (en este caso) de la contundente derrota que le propinó Israel en los años sesenta.

Por supuesto que dicho activo no implica legitimidad política por siempre, pero hasta hoy le alcanza a la denominada dinastía militar para gestionar y garantizar la etapa de cambios que ya han comenzado.

Aunque no es un disparador directo de la crisis, la política exterior egipcia merece consideración por cuanto el alcance de la diplomacia de un país influye en el ascenso o el descenso de la frustración nacional.

En este sentido, la diplomacia egipcia no se mantuvo a la altura del prestigio del instrumento militar. Si bien Egipto fue uno de los actores regionales que más rédito sacó de la guerra del Golfo, en 1991, paulatinamente la política exterior egipcia ha ido perdiendo influencia en el mundo árabe, siendo que tradicionalmente El Cairo ejerció un liderazgo regional natural, y también en la dinámica del conflicto israelo-palestino, siendo que tradicionalmente operó como factor de contención del mismo; a ello se ha sumado la crítica a una excesiva relación con los Estados Unidos, cuyo eje está centrado no en la asistencia al desarrollo sino en una masiva asistencia militar (Egipto es el segundo receptor del mundo).

De manera que si la diplomacia implica construcción y proyección de poder, propósitos que en el mundo árabe automáticamente significan reducir sentimientos de humillación, Egipto no ha alcanzado resultados demasiado alentadores.



Finalmente, la crisis estalló en un agente de alta densidad geopolítica global, dato que es conveniente tener presente, sobre todo a la hora de depositar un excesivo optimismo en relación a una inminente ola de levantamientos populares a escala global.

Para algunos especialistas, entre ellos Paul Kennedy, el país árabe es uno de los principales pivotes geopolíticos del globo. En África, Egipto, Argelia y Sudáfrica son considerados los tres principales agentes-pivotes, es decir, si cualquiera de los tres se viese afectado por convulsiones sociales mayores, difícilmente las mismas no acaben derramando en derredor, provocando un tsunami político-social regional de proporciones.

Asimismo, Egipto representa un espacio de articulación entre el Océano Índico, para muchos el nuevo espacio estratégico del siglo XXI, y el Mar Mediterráneo, el continente líquido, como lo denominan los geopolíticos europeos. Si bien el Canal de Suez podría estar perdiendo relevancia, es uno de los diez pasos más importantes ubicados en forma de ancha "U" entre Suez y el Estrecho de Tzugaru, al norte de Japón.

Por el Canal de Suez transitan cada año menos de 20.000 buques y cada día pasan por allí 1.100.000 barriles de petróleo. Sin embargo, es posible que el tránsito disminuya en años venideros. En efecto, si consideramos los avances en energías alternativas que se llevan adelante como asimismo los objetivos occidentales de reducir la dependencia de los hidrocarburos de la sensible región del Golfo y alejarse de lo que los especialistas denominan Riadpolitik, esto es, el peso de las decisiones de la petromonarquía saudí en materia de suministro, precios, etc., es posible que en un futuro próximo veamos reducida la importancia de la estratégica vía acuática egipcia.

En breve, si bien la crisis egipcia se presenta como una cuestión relativa a un ciclo político de carácter unipersonal agotado, una mirada más calibrada nos muestra una pluralidad de complejas dimensiones. Desde la propiamente política hasta la diplomática, pasando por la social, la económica, la religiosa y la militar, el caso egipcio representa uno de los más emblemáticos en relación al impacto del accionar de los pueblos como nuevo agente del orden local, regional e internacional.

En clave geopolítica, aquí lo nuevo se combina con lo viejo puesto que la relevancia del actor en cuestión implica convergencia de compromisos e intereses de actores zonales y extrazonales que hacen de Egipto un caso no siempre extrapolable a otras geografías menos sensibles.

11 de Febrero de 2011

